



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9885

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 12 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR 24

SÁBADO 13 DE OCTUBRE DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Fairbank, Montmartre, 31.

CALENTURAS INTERMITENTES REBELDES

no hay nada mejor ni más agradable que las

GRAGEAS LOPE RUPEREZ

3 peactas caja en farmacias y droguerías.

VENTA POR MAYOR

En Madrid: Melchor García, Capellanes, 4.—M. Pérez Minguéz, Paseo San Vicente, 12.

En Cartagena: Adolfo Fernández, San Miguel, 10, droguería.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola

Arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crofks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de sertideros, sillas, bancos, mesillas y mecedoras, amueblas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL.—PUERTA DE MURCIA, 83. 40 Y 42

LADY CLARE.

BALADA.

Era el tiempo en que florecen los lirios y en que las nubes se agitan en lo más elevado de los aires.

Lord Ronald, al regresar de una cacería, regaló a su prima lady Clare una cierva blanca como una azucena.

Enamorados y prometidos los dos primos, debían unirse en matrimonio al día siguiente.

¡Que Dios bendiga eso hermoso día!

—Mi prometido no me ama ni por el origen de mi cuna, ni por los vastos dominios que poseo. Me ama por lo que soy, y esto es lo que más

me satisface—pensaba lady Clare cuando partió de su lado lord Ronald.

En esto entró en su estancia la anciana Alicia, que había sido su nodriza, y la preguntó:

—¿Quién ha salido de aquí?

—Mi primo—contestó lady Clare.

—Mañana se celebra nuestra boda.

—¡Dios sea bendito!—añadió Alicia.

Todo sale a medida de mi deseo, y puesto que tu felicidad está asegurada, ha llegado el momento de que te haga una revelación. Has de saber que tú no eres lady Clare, y que lord Ronald no es tu primo, y si el legítimo heredero de todos los dominios que posees.

—¡Nodriza, nodriza! ¿Has perdido la razón? ¿Qué cosas son esas que estás diciendo?

—Te digo la verdad como se la digo a Dios, que sabe todo lo que pasa en nuestro corazón. Eres hija mía. La hija del viejo conde, a quien has considerado como padre, murió en mis brazos; pero como tú y ella apenas habíais cumplido el primer mes, enterré a la niña, a quien criaba como si fuera mi hija, y a ti, que eres la hija de mis entrañas, te puse en mi lugar.

—Obraste indignamente. Si es verdad todo lo que cuentas, madre mía, cometiste una gran iniquidad privando, por tanto, de su legítima fortuna a lord Ronald, que es el hombre más bueno de la tierra.

—¡Bah, bah!—interrumpió la no-

driza.—Déjate de esas cosas, guarda el secreto, y como vas a unirse con lord Ronald, sin que él sepa el engaño, le devuelves de un modo indirecto su fortuna.

—No, madre. Si nací pobre, como odio la mentira, revelaré el secreto que has tenido guardado.

Quitame el broche de oro, y separa también de mi cuello el collar de diamantes.

—No, hija. Oye mis súplicas. Guarda el secreto. Mereces ser feliz y lo serás.

—De ningún modo. En medio de mi profunda pena, revelando lo que acabo de saber, conseguiré dos cosas: no manchar mi conciencia con la mentira, y averiguar hasta dónde puede llegar el cariño de un hombre.

—¡El cariño!—dijo Alicia.—No esperes gran cosa del cariño de tu prometido en cuanto sepa que la fortuna que posees es suya.

—Y la recibiré de mis manos—añadió la joven—aun cuando muera de dolor por perder su cariño.

—Ten presente, hija mía, que si he cometido esa falta ha sido por tu bien; al menos perdóname, y para que la desesperación no me mate, permíteme que imprima un beso en tu frente.

—¡Ah, madre! ¿Cuánto daño me has hecho! Pero no importa. Besa mi frente y recibe con otro beso en tu mano la muestra de mi respeto.

La bella joven se despojó de sus galas, se vistió un traje de aldeana, prendió una rosa en sus cabellos y se alejó del castillo, dirigiéndose al parque.

La cervatilla que rotozaba, al verla corrió a su encuentro como para implorar sus caricias; y lord Ronald al contemplar aquel hermoso cuadro desde una de las torres del castillo, bajó también en busca de su amada, diciéndola:

—¿Por qué te has disfrazado de ese modo? ¿Por qué te has convertido en humilde aldeana, cuando eres la reina de estos contornos?

—Si me he vestido de aldeana—contestó la joven—es para presentarme con el traje que corresponde a mi humilde condición; porque habéis de saber que no soy lady Clare.

—¿Qué significa esa burla—exclamó sorprendido lord Ronald.—¿No sabes que soy tuyo en cuerpo y alma? Explicame este enigma.

Entonces ella con arrogancia, y haciendo un gran esfuerzo, refirió a lord Ronald el secreto que poco antes le había confiado la anciana nodriza.

Lord Ronald, después de oirla, la tendió los brazos, estrechándola con efusión.

—Si no eres lady Clare—exclamó—como mañana van a unirse para siempre nuestras almas, serás lady Ronald.

La joven no se había engañado. El verdadero cariño lo puede todo.

A. TENNISON.

TIJERETAZOS

El presidente del consejo ha dicho a un redactor de «El Imparcial»:

«Ustedes los periodistas forjan las crisis y ustedes mismos las deshacen.»

Justo. Solo que algunas veces aciertan los periodistas y viene la crisis.

La opinión del ministro de Hacienda: «Los cambios a 17,25; la Bolsa fuerte; esto es Jauja pura.»

Es lo mismo que dirán los contribuyentes a quienes se les venden las fincas por no poder hacer efectiva la contribución: Jauja pura.

Según «El País» toda la política se reduce a esperar.

Entonces no queda en España un hombre que no sea político.

Porque desde el que espera una cartera hasta el que espera un disgusto no hay uno que no espere alguna cosa.

Dice «La Correspondencia»: «Respecto a la crisis, opinaba hoy un

eminente hombre público que pronto ha de saberse si existe ó no existe, pues el Presidente se propone abrir las Cortes el 15 de Noviembre, y como la convocatoria ha de hacerse con mucha anticipación, claro está que ha de publicarse en breve el decreto, y para ello se ha de saber si continúa este Gabinete ó ha de haberse solucionado la crisis.»

No hay cuidado ni hay que desesperarse. Dentro de dos meses ya habremos salido de dudas.

Porque van resultando las esperas de «El País».

«La Correspondencia» ha debido poner al sueldo este título:

«La crisis y las verdades de Pero Grullo.»

Al pretendiente francés general Borbón lo han reconocido últimamente cinco marqueses, tres condes y un vizconde.

¡Vaya un refuerzo!

No; y como vaya creciendo el partido de esa manera, va a haber el gran disgusto en la nación vecina.

En la provincia de Lérida se organizan festejos para celebrar la derogación del decreto de 4 de Marzo.

Bien lo merece la noticia.

NOTAS

Dos hechos favorables para esta población han ocurrido recientemente. Terminado el plazo para el concurso de alcantarillado, ha sido presentado uno al ayuntamiento, que, como ajustado a las necesidades de Cartagena, debe cumplir el objeto que se desea. El otro es el dique seco de carenas que se ha de construir en este Departamento.

Ambas obras son de importancia. La primera amenará la ciudad poniéndola de murallas adentro en las mejores condiciones posibles. La segunda llenará un vacío que se dejaba sentir en los servicios de la marina militar que tenía que recurrir a los diques extranjeros cuando necesitaba reparar el buque mayor de nuestra escuadra.

Además de cumplir esas dos servicios tan importantes, las obras de que no

110 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

ALLAH-AKBAR.

111

114 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

Y caminaron así dos horas, y al cabo de ellas llegaron, rodeando entre los olivares, a un pequeño alcázar situado junto a un borquecillo de laureles, en las inmediaciones de una aldea llamada la Azubia (14), por la parte que mira a Granada.

Gozabase desde allí de la vista de un país admirable; los resplandecientes Aljares con sus cúpulas altísimas, la Alhambra con sus torreones rojizos y su alcázar cubierto de pizarras, que lanzaban destellos de fuego heridas por el sol; la Alcazaba con sus fuertes muros y sus altos cipreses, el cerro de Al-banul (15) cubierto de higueras de Túnez, sobre las que descollaban los cedros de Palestina y las palmeras de África; las vertientes de las colinas cubiertas de blancas y alegres casas, entre las cuales brotaban verdes frondas y vistosos jardines; luego la Vega tendida a los pies de Granada, surcada de ríos y acequias, como una alfombra de mil colores con larduras de plata a los pies de una dama hermosa, y más allá las altísimas sierras perdidas en vapores fantásticos, tras las cuales se levantaba un cielo azul y radiante: todo esto era un espectáculo nuevo, maravilloso, que fascinó a los caballeros y los hizo suspirar por la llegada del día en que el pendón de sus reyes ondease sobre el esplendente castillo, que guardaba como una voladora atalaya aquel jardín de delicias.

Zaruyemal bajó entre tanto de la hacanea, y llamó al postigo de una cerea situada a espaldas del alcázar. La puerta se abrió.

Los cristianos decabalgaron, penetraron en la cerea y un esclavo nubo asió los caballos, y con la hacanea los hizo entrar tras sus ginetes.

La puerta tornó a cerrarse.

Los cuatro caballeros se encontraron en un jardín tapizado de flores y orlado de arrayanes, y al extremo de él se alzaba una magnífica arcada sostenida por delgadas columnas de alabastro y matizada de oro, azul y rojo.

En el muro alzado tras los arcos, había una gran puerta, por la cual entró Zaruyemal seguido por los cuatro caballeros.

Subieron una escalera y pisaron, después de aravesar una galería, el rico pavimento de una cámara que parecía haber sido construida para albergar al genio de los amores.

El ambiente, la luz, los perfumes, los muebles, aun las mismas formas del retrete, sostenido por grupos de columnas, con fondos labrados de caprichosos colores, con su alta cúpula casi perdida en la oscuridad, su fuente de mármol en que un claro surtidor marmuraba débilmente, al par que las brisas agitaban los tapices y volaban a saturarse en los per-

raz de luto, asistían allí como si asistieran a un torneo.

El rey había llevado hasta el colmo su crueldad asistiendo al patenque con galas de fiesta.

Y el pueblo murmuró del rey, al par que no hubo uno que no se doliese de la sultana y maldijese a los zegríes.

A la salida del sol, un heraldo de los acusadores precedido de trompeteros y seguido de lanzas, pregonó la acusación contra la sultana a son de trompeta, y arrojó cuatro guanteletes en la arena, retando a los presentes y, por venir, que lo contrario suscribirían.

Tras el estruendo de los jueces, en que asentaba Maza, algunos caballeros armados se agitaron pretendiendo contestar al reto, pero el señor los contuvo.

Nadie contestó.

Y pasó el tiempo.

El populacho siempre impaciente, murmuró, y el sol ascendió lentamente sobre el horizonte hasta marcar la hora de la oración de adchar (1).

Tornó a salir de la tienda de los zegríes el heraldo en la misma forma que la vez anterior, repitióse la acusación y el reto, y como antes, nadie contestó a él.

(1) Medio día.